

conferencias que les dicta. Fruto de aquellas lecciones es el libro titulado *Nociones de derecho eclesiástico*, escrito en colaboración con el presbítero don José Alejandro Bermúdez, catedrático de la materia en la Universidad nacional, y obra que ha sido adoptada como libro de texto en las facultades de Bogotá.

Hoy cumple el doctor Castro Silva treinta y siete años. Le quedan, si Dios es servido, otros tantos que consagrar al servicio de la Iglesia y de las almas. Pedimos al Señor que así suceda, y presentamos al maestro y al amigo nuestros más cordiales parabienes.

## EL PAIS DE RUBEN DARIO

Tal es el título de una colección de poesías recién publicada en esta ciudad, en la *Casa editorial de Cromos*, por el Excelentísimo señor Juan B. Delgado, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México ante el Gobierno de Colombia.

No vamos a tratar del diplomático, sino del escritor elegante, del poeta inspirado, académico de número de la Mexicana y *Alicandro Epirótico* contra los árcades de Roma.

El señor Delgado piensa y siente muy hondo, expresa pensamientos y sentires con absoluta sinceridad y transmite a la persona que lee los afectos de que él está colmado; todo lo cual equivale a decir que es un verdadero poeta. Nos confiesa, en el prólogo del libro, que lo espontáneo y fluído de sus versos es obra de lima, fruto de largas estancias ante el escritorio, a la luz de lamparilla vigilante. Es la *facilidad dificultosa* de que hablaba Bartolomé de Argensola; *difícil facilidad*, que dijo el segundo de los Moratines. Y agrega el autor: «Quién no sabe que el arte es una gran pacien-

cia?» No sólo el arte, sino toda obra buena salida de manos de hombres, desde la paz de los imperios hasta la tranquilidad de las familias; desde fabricar encajes a mano en esta vida, hasta ganarse el cielo en la otra.

Fueron escritas las composiciones de este tomo durante la estadía de nuestro amigo en Nicaragua, la de los lagos que semejan mares, la de volcanes que taladran e incendian el velo del firmamento, la de Rubén Darío, el más conocido, el más admirado, el más imitado de los vates hispanoamericanos, fuera de la patria nativa. El señor Delgado es hervoroso admirador de «Rubén el Magnífico,» lo acompaña a menudo en la manera, antes no usada, de expresar el pensamiento; en la incoherencia, quizá más aparente que real, de unas palabras con otras, de unas frases con otras frases; en la factura métrica de algunas líneas que, a los que tenemos los oídos petrificados por Ovidio y Petrarca, fray Luis y Lamartine y Caro, no nos parecen versos. Y también se acerca Delgado a Darío en la robustez y novedad del pensamiento, en lo indeleblemente pintoresco de la expresión, en aquel *quid divinum* que, a propósito de asuntos grandes como Cristóbal Colón, o pequeños como Teodoro Roosevelt, nos hacen exclamar: hé aquí un gran poeta!

Mas, al lado de las composiciones en que el señor Delgado muestra su compañerismo con el insigne poeta nicaragüense, se hallan sonetos, como los titulados *Cuatro acuarelas*, de estilo purísimamente clásico, que Arguejo hubiera prohijado; y deliciosos cuadritos de factura romántica, como *Paisajes*, que insertamos a continuación.

Lo que prueba que el señor Delgado no es servidor de ninguna escuela literaria, sino que tiene todas las escuelas literarias a su servicio.

Y no es poco decir.